

NÚMERO 63

Continuación de la 42ª sesión ordinaria el 19 de septiembre de 1899

PRESIDENCIA DEL DOCTOR QUIRNO COSTA

SUMARIO: I.—Asuntos entrados.

II.—Continúa la consideración de los proyectos financieros despachados por la Comisión de Hacienda.

Señores senadores En Buenos Aires, á los diecinueve días del mes de septiembre de mil ochocientos noventa y nueve, reunidos en su sala de sesiones el señor Presidente y los señores senadores al margen consignados, con inasistencia de los señores Pérez con licencia Mitre y Herrera con aviso, dice el

—
Anadón
Aparicio
Avellaneda
Barbeito
Barraza
Benegas
Cané
Córdoba
Carbó
De la Torre
Díaz
Doncel
Figuerola
Figuerola Alcora
Gálvez
García (A. P.)
García (F. L.)
Gulíazú
Igarzábal
Mantilla
Maciá
Mendoza
Morón
Pellegrini
Uriburu
Virasoro
Zavallia

Sr. Presidente - Continúa la sesión. Se va á dar cuenta de los asuntos entrados.

I

COMUNICACIONES OFICIALES

El Ministro de Relaciones Exteriores y Cultos presenta la memoria correspondiente á los años 1898 y 1899.

—Al archivo.

La Cámara de Diputados comunica haber designado como su Presidente, para el caso de acefalia de la República, al señor doctor don Marco Avellaneda.

—Al archivo.

La misma remite modificado, el proyecto de ley ampliando la partida 1ª, ítem 6, inciso 1º del anexo K del presupuesto vigente.

—A la Comisión de Hacienda.

La misma remite, para su revisión, los siguientes proyectos de ley:

1º—Concediendo á los señores Angel Gardella y Cª la construcción y explotación de un puerto comercial en Mar del Plata.

—A la Comisión del Interior.

2º—Autorizando al Poder Ejecutivo para contratar con los señores Runcimán y Cª la construcción de obras de defensa del canal sur del Puerto de la Capital.

—A la misma.

3º—Autorizando á la sucesión de don Federico Lacroze para usar la tracción á vapor desde la Chacarita hasta el límite del municipio.

—A la misma.

4º—Acordando á la viuda é hijos menores del diputado nacional don Juan Bejarano las dietas que hu

bieren correspondido á aquél hasta la terminación de su mandato.

—A la Comisión de Peticiones.

5º—Acordando pensión á la señora Flora G. de Cana e hijos menores.

—A la misma.

PETICIONES PARTICULARES

Varios ganaderos y agricultores é industriales de La Paz (Provincia de Corrientes), se adhieren al proyecto de ley sobre conversión de la moneda.

—A sus antecedentes.

DESPACHO DE COMISIONES

La del Interior, se ha expedido en los siguientes asuntos:

1º—En la solicitud del señor Carlos C. Castañeda, sobre compra de tierras fiscales.

2º—En la solicitud de los señores Mudd y C^a, proponiendo establecer depósitos de inflamables en el antepuerto de la Capital.

La de Peticiones, en los siguientes asuntos:

1º—Designando al Parque 8 de Febrero para erigir el monumento al doctor Aristóteles del Valle.

2º—Prorrogando por cinco años el permiso para residir en el extranjero á la pensionista Justa Fernández.

—A la orden del día.

Sr. Presidente—Continúa con la palabra el señor senador por Buenos Aires.

Sr. Pellegrini—Señor Presidente: En mi anterior exposición me estorzé en demostrar que el papel moneda es una calamidad nacional, y, como consecuencia, que es deber de los poderes públicos no omitir sacrificios ni esfuerzo alguno para suprimir este mal, en la primera oportunidad favorable. Dije que no sólo era un deber de los poderes públicos propender á la supresión del papel moneda, sino que era un derecho indiscutible en el poder soberano, fijar el valor de su moneda, es decir, establecer el tipo al cual ha de convertir la moneda papel en moneda metálica: que este derecho había sido ejercido, no solamente por la República Argentina, en varias ocasiones, sino también por todas las naciones de la tierra.

Agregué que, dado el deber y el derecho de la Nación á convertir y fijar el valor de la moneda, los proyectos del

Poder Ejecutivo tienen que ser celebrados como un esfuerzo tendente á mejorar la situación general económica del país, y, por consiguiente, no puede ser atacado en sus propósitos sino en los medios por los cuales se trata de realizarlo; y entré á estudiar con ese fin el mecanismo del proyecto.

Pero he notado que se me escapaba contestar á una observación, que ha merecido favor entre personas competentes: si la conversión que se proyecta es más un propósito para el futuro que un acto del momento; si lo que se trata, como, efectivamente, lo he afirmado, es reunir recursos para la conversión efectiva de mañana, ¿por qué se fija desde ya el valor de la moneda? ¿por qué no se posterga esa fijación para el día de la conversión definitiva?

Otros agregan: ¿por qué no se fija una escala movable, estableciendo un precio hoy, otro mañana, y así, sucesivamente, hasta el precio definitivo, que sería la par.

Creo, señor Presidente, que los que esto dicen, estudian la cuestión puramente teórica y que no se preocupan del efecto práctico de las ideas que avanzan; pues, si así fuera, comprenderían lo difícil, lo altamente inconveniente é impracticable de sus propósitos.

Todos los valores generales están establecidos con relación al valor de la moneda: el jornal del obrero, el salario del empleado público ó privado, el valor de la tierra su arrendamiento, las comodidades usuales de la vida, los transportes, todo está fijado y nivelado tomando como punto de referencia el valor de la moneda nacional, pues es evidente que no se puede pagar el mismo jornal en libras esterlinas que en pesos nacionales.

Hoy día, ¿cuál es el tipo que ha servido de nivel, de punto de referencia, para fijar el jornal del obrero, el salario del empleado, el arrendamiento de la tierra, el precio de los transportes, todas las comodidades necesarias á la vida? Ha sido el peso papel moneda.

¿Y á qué tipo está más ó menos, calculado? Al tipo en que ha permanecido en los últimos tiempos; en una palabra, hoy se paga al obrero el mismo precio que se pagaba por regla general, cuan-

do el papel giraba alrededor del trescientos por uno.

Es evidente que, si el papel se aprecia, no se podrá pagar al jornalero, al empleado, por la tierra, ni por arrendamiento, la misma suma de papel valiendo el peso treinta y tres centavos, que valiendo cuarenta y cuatro ó cincuenta.

Por consiguiente, la valorización de la moneda impone la necesidad de cambiar el nivel de todos los valores, pues cuando la moneda se valorice hay que bajar el precio de todos los servicios, so pena de hacer la vida imposible por lo cara.

Esta obligación de bajar todos los niveles, que no se puede hacer simultánea y conjuntamente, es lo que produce la confusión y la crisis; y esa es la razón por la cual la valorización de la moneda es una de las causas más seguras de crisis económica. Efectivamente, la moneda se desvaloriza ó valoriza día por día, hora por hora, y el valor de los jornales, de los arrendamientos de las comodidades no puede seguir á la moneda en sus oscilaciones día por día, hora por hora. Entonces se establece un desequilibrio durante un cierto lapso de tiempo. Además, nunca es general esta disminución; por consiguiente, al fijar hoy á cuarenta y cuatro centavos el peso, ya establecemos una moneda cuyo valor intrínseco es mayor que el valor á que están calculados todos los salarios. Hay que hacer entonces una disminución general.

Pero, si se establece una escala descendente, ¿qué va á suceder? Que si hoy bajáramos el nivel de treinta y tres centavos, que estaba á cuarenta y cuatro, y mañana á cincuenta, tendríamos que bajar los niveles, es decir, produciríamos una crisis; de manera, que estas alteraciones periódicas de la moneda desde el tipo en que está hoy hasta el tipo á la par importaría una sucesión de crisis y de desniveles en los valores determinadas por la ley. Tan es cierto esto, señor Presidente que los Estados Unidos, que aceptaron este sistema para bajar 37 puntos, demoraron doce años, á 3 puntos por año, para que este desnivel, este desequilibrio se hiciera lo menos sensible posible, y, aún así mismo, produjo profundos trastornos. Si se necesitaron doce años para bajar 37 pun-

tos en Estados Unidos. ¿cuántos años vamos á necesitar nosotros para bajar 137 puntos?

¿Cuántos desequilibrios y cambios de nivel vamos á imponer á toda nuestra situación económica durante un número de quince ó veinte años?

Además, hay otra consideración que tampoco se tiene en cuenta, y es que la valorización lleva una proporción infinitamente más rápida, dado el tipo actual, que la desvalorización en las alturas á que alcanzó; y esto se prueba si se nota que, estando el oro á cuatrocientos por ciento, el papel vale veinticinco centavos, y, á quinientos por ciento, veinte centavos. Entre cuatrocientos y quinientos hay una diferencia de cinco por ciento; mientras que un peso papel á doscientos por ciento vale cincuenta centavos, y á cien por ciento vale cien centavos, de manera, que entre doscientos y cien hay una diferencia de cien por ciento.

Resulta, pues, cuando se llega á cierto límite como el actual, á medida que va valorizándose, la valorización se hace tan rápida, la desproporción es tan grande, que el mal es más sensible, y ésta es la razón porque la valorización del papel produce crisis más rápidas y agudas que su desvalorización.

—Grandes aplausos en la barra.

Por consiguiente, señor Presidente, empezar por decir: el papel vale tanto, vale cuarenta, cuarenta y cinco, cincuenta centavos, es empezar por fijar, de una vez y definitivamente, el nivel al cual se han de referir todos los valores: el precio de los jornales, los salarios, todo se fijará desde ya al tipo de cuarenta y cuatro, y ahí quedará y habremos así soportado una vez los inconvenientes de la diferencia de tipo, pero no para en adelante, y habremos librado al porvenir de todas las crisis con que nos amenazan los partidarios de esta rara y nueva doctrina.

Creo que con esta contestación he terminado con las objeciones fundamentales que se han hecho á los principios en que se funda el plan del Poder Ejecutivo, y me ocuparé brevemente de ciertos detalles de mecanismo del proyecto, de-

jando para la discusión en particular los demás.

Se dice que todo este proyecto está fundado exclusivamente en el artículo 7º, y el despacho de la minoría de la Comisión, hasta cierto punto, vendría á dar una base ó apariencia de verdad á esta afirmación.

Se dice, además, que este artículo 7º es una emisión disimulada. De ninguna manera. No es una emisión disimulada, contra la cual estaría decididamente, porque por emisión debemos entender la emisión de billetes inconvertibles, que aumentaría nuestra circulación actual.

La circulación actual se compone de moneda de papel y de moneda de oro, que representa un cierto valor fijo, sobre todo tomando el tipo que establece la ley de cuarenta y cuatro centavos. Si se retira una cantidad de papel y se reemplaza por una cantidad de oro equivalente, no hay aumento, ni disminución de la circulación; no se ha emitido en el sentido que se da á la palabra emitir; solamente se ha cambiado la clase de la moneda en circulación.

Así, si la Caja de Conversión llega mañana á aumentar en dos mil doscientos setenta mil pesos papel la circulación fiduciaria, es porque habrá retirado de la circulación su equivalente en oro, es decir, un millón de pesos oro; y, entonces, la circulación de la República no habrá aumentado en un solo peso. No es emisión, es simplemente substitución de una moneda por otra, manteniendo la circulación existente hoy.

Ahora se dice: «Nadie llevará oro á la Caja de Conversión y quedarán burladas las esperanzas del proyecto.» Este juicio, que se repite, es prueba de que no se comprende el proyecto. Yo creo que no se llevará oro á la Caja de Conversión, y no es necesario que se lleve. Para los efectos que se propone el proyecto, basta que la Caja de Conversión tenga la facultad de dar ese papel por oro. Y digo que no se llevará un solo peso, por la sencilla razón de que lo que hay hoy día, no es moneda circulante. En todos los bancos existen depósitos enormes de papel. Y esos depósitos están ahí para atender á las obligaciones de los bancos, como fondo de reser-

va de todas sus obligaciones á papel; y es evidente que, si un banco sabe mañana que puede entregar su papel por oro á este tipo, en la completa y plena seguridad que el día que necesite su papel no tiene más que ir á la Caja de Conversión á recojerlo, no tendrá inconveniente en darlo; y el Banco de la Nación será el primero que dirá: «Aquí hay cincuenta millones de papel á disposición de los exportadores» para darlos á ese tipo; ellos no tendrán necesidad de ir á la Caja de Conversión, les bastará ocurrir á los bancos, y eso es lo que harán, señor Presidente.

La Caja de Conversión, con esta facultad, está ahí simplemente para garantizar ese oro; pero, en el caso en que en cualquier momento el banco haya facilitado su papel en cambio de oro y desee, por cualquier razón, volver á su papel, devolverá su oro.

Ese artículo, pues, no tiene más alcance que fijar, con relación á la valorización del papel, el tipo marcado por la ley; y no se fija ese tipo con relación á la desvalorización del papel, porque esa es la obra y la misión de la producción y del trabajo nacional.

Se contesta, señor Presidente: «Si lo único en que fía el proyecto para evitar la depreciación es en la producción y en el trabajo nacionales, puede mañana llegar un desastre industrial ó económico y desaparecerán todas las ilusiones de los proyectos». Indudablemente si hay un terremoto y se viene abajo esta casa, desaparecerán todos los senadores; pero eso no es razón para suprimir el Senado! Ninguna ley se dicta en previsión de desastres que no se pueden evitar. Si mañana viene el desastre, con ó sin esta ley, veríamos que el oro sube y se desvaloriza el papel y llega hasta donde el desastre quiere que llegue. ¿Podríamos evitarlo? Absolutamente. Es evidente que, cuando se legisla, se parte de la base de que las cosas van á seguir en curso normal y que la República va á poder seguir trabajando y produciendo en condiciones ventajosas y favorables.

Señor Presidente: he terminado en esta parte.

Existen opositores á estos proyectos,

de otra índole, de otra idiosincrasia, diremos así. Los conozco mucho, por larga experiencia: son una especie de nihilistas económicos.

—Risas.

Se oponen á todo, porque esa es la tendencia de su espíritu. He tenido que luchar mucho con ellos. Cuando tratan de oponerse, nada respetan, y la injuria suele ser una de sus armas favoritas.

Cuando el Poder Ejecutivo comprendió que, para el desarrollo de la industria y del comercio nacionales, era absolutamente indispensable fundar una gran institución de crédito, lo hizo en la forma que lo consideró más conveniente y factible, y proyectó la creación de un banco nacional. Todos los nihilistas económicos se alzaron, declararon que era el absurdo más colosal que se había proyectado: la prensa de la capital hizo eco y coro á todos esos ataques. Fué un diario extranjero, de éstos mismos que son reproducidos con fruición por nuestros diarios nacionales el que dijo: «no hay tal Banco Nacional; de lo que se trata es sencillamente de robarse cincuenta millones de pesos, y, este Presidente, que es muy hábil, ha encontrado esta forma».

—Murmillos de aprobación en la barra.

Y esta afirmación, señor Presidente, fué reproducida en todos los grandes diarios de la Europa, y quedó establecido que el Presidente de la República estaba tratando de robar cincuenta millones de pesos por medio de un banco nacional imaginario.

Algo parecido están diciendo hoy día.

Felizmente, el Congreso intervino, dió su voto con el concurso nacional y el banco se hizo, y creo que ha dado buenos resultados.

Hubo otro momento, señor Presidente, en que, agobiado el tesoro de la Nación por las deudas que había contraído, para defender el honor y la integridad nacional, ideó ó pensó en salvar su situación y obtener los recursos necesarios por medio de un estanco.

La idea no había sido lanzada al azar, estaba seriamente meditada y en poder del Poder Ejecutivo Nacional la pro-

puesta de los primeros banqueros de la Alemania, que ofrecían entregarle todo el dinero necesario para cancelar por completo su deuda flotante, todo el necesario para expropiar las fábricas de alcohol, mediante la concesión del estanco, de cuyo producido retirarían el importe de los intereses y amortización de las sumas avanzadas y devolverle al Gobierno todo el exceso de la producción.

La operación era fácil entonces, en momentos en que terminaba un sindicato de alcoholistas que habían ejercido un monopolio de hecho.

Los nihilistas se levantaron indignados: ¡La República Argentina votando estancos, es un escándalo!

Nosotros estamos muy por arriba de la Inglaterra, por ejemplo, que ha votado el monopolio, no digo del alcohol: ha votado el monopolio del gobierno, ha entregado á compañías particulares, hasta facultades soberanas, el gobierno de sus colonias, por medio del cual ha fundado su vasto imperio colonial de la India. Estamos mucho más arriba que la Francia, que tiene estancado su tabaco, más arriba de la Italia, que el Austria, que la Rusia.

¡La prensa metropolitana hizo coro y el estanco fué condenado!

¿Y cuál ha sido el resultado de su triunfo?

El resultado es que la Nación continúa oprimida por su deuda flotante, que se le está defraudando en diez ó doce millones de pesos anuales, que los aprovechan los contrabandistas, que fueron con razón los primeros opositores de la idea.

El resultado es que la industria del alcohol está paralizada, que las grandes fábricas están cerradas porque no pueden luchar con los contrabandistas y que se está envenenando á la población con un artículo de fabricación clandestina.

—¡Muy bien! Aplausos en la barra.

Eso es lo que les debe la Nación.

Pero, hay algo peor, señor Presidente. El año próximo pasado, después de épocas muy difíciles, momentos muy duros en que el porvenir de la República parecía comprometido, en un instante

pareció que todo se despejaba: la paz interior y exterior quedaba asegurada, una nueva administración tomaba á su cargo los destinos de la Nación, administración que llevaba á su frente hombres de reconocida experiencia apoyados por la inmensa mayoría de la opinión y aceptados por el resto; las industrias, el comercio y el crédito de la Nación, tomaban un desarrollo vigoroso, y hasta la naturaleza se asociaba ofreciéndonos una de las cosechas más grandes que ha tenido la República. Todo anunciaba, para un porvenir muy próximo, una época de bienestar y prosperidad como jamás había soñado la República Argentina.

En esos momentos, espíritus previsores trataron de garantizar esos resultados y evitar que el mismo trabajo nacional se tornase, por imprevisión; en causa de un desastre público, é inmediatamente los nihilistas y los agiotistas se levantaron y protestaron, la prensa de la Capital le prestó su poderoso apoyo y la acción del Poder Ejecutivo fué detenida.

¿Qué es lo que sucedió? Que empezaron á desvanecerse poco á poco todas las esperanzas; esa industria próspera empezó á gemir, la Provincia de Santa Fe, que jamás había visto una cosecha igual á la de ese año, vió consumar su ruína y despoblarse. Llegaban gemidos de todas las provincias: la industria herida, el comercio paralizado, las fábricas cerradas y treinta mil obreros despedidos tenían que tomar el camino de la emigración ó soportar la miseria, que está aún hoy desbordando aquí el esfuerzo de la caridad.

¿A qué se debe este cambio, señor Presidente? ¿Cómo es que todos estos elementos de prosperidad se han convertido de la noche á la mañana en un desastre y en elementos de ruína? Es debido, señor Presidente, á la acción de todos aquellos que se levantaron, que protestaron en nombre de intereses egoístas, en nombre del juego y de las especulaciones de la bolsa, contra la acción saludable del Poder Ejecutivo, que pretendió detener una catástrofe, provocada por la misma importancia de la producción que se anunciaba. Ellos no tienen embarazo en confesar, señor Presidente, que si este

proyecto no se hubiera presentado, la valorización de la moneda hubiera continuado y hubiera llegado á ciento ochenta ó ciento cincuenta por ciento. Yo creo que tienen razón; pero ¿qué hubiera sucedido? Que la ganadería de la Provincia de Buenos Aires, la única que se ha mantenido en pie gracias al aumento del valor de su producción, habría caído á su turno. Entonces, el desastre hubiera sido total, y sobre todo el país arruinado, no quedaría más que unos cuantos jugadores gananciosos.

—¡Muy bien!

Creo, señor Presidente, que en estas cuestiones, en estas luchas económicas que se inician, se presenta la lucha en condiciones muy parecidas á las en que se inició nuestra lucha política. De un lado la Nación, del otro lado intereses radicados en esta Capital, con esta enorme diferencia, señor Presidente, que esta vez el límite no es el Arroyo del Medio, pues forma del lado de la Nación la rica Provincia de Buenos Aires. La lucha que se entabla es entre los que trabajan y los que producen, entre el país entero y un grupo de especuladores, apoyados por la prensa metropolitana. ¿De qué lado estará el Congreso? no necesito decirlo: estará siempre, ayer como hoy, del lado del país.

—¡Muy bien!

¿De qué lado estará el triunfo definitivo? Creo, y la mayoría de la Comisión lo espera, estará del lado del trabajo y de la producción.

He dicho.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos prolongados.

Sr. Uriburu—Pido la palabra.

Mi disidencia con la mayoría de la Comisión nace de ideas sostenidas por mí hace mucho tiempo: en oportunidad presentaré un documento que probará la sinceridad y verdad de mis ideas, y, al mismo tiempo, ese documento, señor, nos ha de servir para hacer una investigación que yo conceptúo necesario.

Ya que tratamos del curso forzoso, ¿por qué no investigamos cuál es su origen, cómo se hizo, cómo principió?

Me parece, señor Presidente, que es

útil hacer el estudio de nuestra propia historia.

En los noventa años que llevamos de vida independiente, hemos producido numerosos hechos financieros, económicos y políticos, que deben servirnos siempre de lección provechosa, quizás más que el conocimiento de hechos extraños á nosotros. Así, pues, señor, yo me voy á dedicar principalmente á estudiar las conversiones nuestras, las que constituyen nuestra historia financiera, y hemos de encontrar en ellas un caudal de conocimientos, de lecciones, de moral que nos han de servir para resolver con mayor acierto el arduo problema que tratamos. Por lo tanto, señor Presidente, aunque sea un poco pesada mi exposición, ruego al honorable Senado que me escuche con paciencia.

Era el año 1883. El Poder Ejecutivo de la Nación había convenido con el Gobierno de Buenos Aires en que se hiciera la conversión de los billetes ó del papel moneda de la provincia.

Tenían curso forzoso, tanto los billetes de la Provincia de Buenos Aires como los del Banco Nacional.

La medida se imponía. Reorganizada la República después del año 80, no podía consentirse que el papel moneda de uno de los estados circulara como soberano en todo el territorio de la República; era necesario quitar este obstáculo y devolver á la soberanía nacional las facultades que la Constitución le da.

Por parte del Banco Nacional, en esa época, no había dificultad alguna: su tesoro estaba repleto de oro, y el Gobierno Nacional era tan fuerte, la nueva situación le había entregado una suma tan grande de poder, que no necesitaba hacer esfuerzos para ir á la conversión.

No sucedía lo mismo en la Provincia de Buenos Aires. Esa provincia había perdido su capital en una lucha cruenta, había perdido la mitad de sus habitantes y las dos terceras partes de sus rentas.

En esa situación, le era algo difícil la conversión, y, sin embargo, vamos á ver, señor, cómo esa provincia joven, rica y poderosa, encontró todos los medios necesarios para salvar la dificultad, para devolver á la Nación las prerrogativas que le pertenecían.

Principió por donde se principian estas cosas: por regularizar sus impuestos y el percibo de ellos.

Después se empeñó en nivelar su presupuesto. Era necesario nivelarlo, y, para conseguir esto, el impuesto solo no bastaba: era indispensable buscar otros recursos que trajeran al tesoro de la provincia todo lo que necesitaba para hacer efectiva la conversión.

Así lo hizo. Convirtió sus deudas, economizó ochenta y tantos millones de pesos moneda corriente con esta operación, y, por ese medio, por primera vez después de muchos años, la provincia equilibró su presupuesto.

Los gobiernos, para cubrir sus déficits, y atender gastos de la guerra ó satisfacer sus fantasías, habían extraído doscientos setenta millones del Banco de la Provincia. Además de esto, habían inmovilizado en títulos de deuda pública doscientos y tantos millones.

El Banco de la Provincia tenía un encaje de cuatrocientos millones de pesos moneda corriente.

Era necesario solventar esta deuda. Se hizo un empréstito, que se llamó de conversión, y se pagó íntegramente al banco todo lo que se debía.

A medida que estas resoluciones del Gobierno se realizaban, el papel se aproximaba en su valor al oro. Tal fué el resultado de todas estas gestiones. No se imponía por medio de una ley una operación que debe imponerse por los mismos hechos. De aquí resultó que el Gobierno estaba ya en condiciones de hacer la conversión, porque el papel estaba próximo á la par del oro.

El Ministro de Hacienda de la provincia, bajó de su puesto para ir al banco á realizar la operación de la conversión. Allí todo estaba en orden; las cajas llenas de oro; se dominaba absolutamente el cambio internacional, y la situación del país en general era excelente.

En 1883 la emisión total, según el señor Agote, era de cuarenta millones setecientos cuarenta y siete mil pesos; el encaje en oro, de veinticinco millones ochocientos veinticinco mil pesos en todos los bancos; y en notas metálicas, tres millones doscientos ocho mil pesos; la renta de la Nación era de treinta millones setecientos y tantos mil pesos oro. Pero

llamo la atención sobre este dato, porque este fue el talón de Aquiles; por aquí entró este curso forzoso que tenemos ahora, después de quince años de sufrimiento. Era sencillamente esto: la importación ochenta millones; la exportación sesenta millones.

Señor Presidente, todo estaba listo, la conversión era un hecho, no se necesitaba más que un decreto que quitara al billete el privilegio de la inconvertibilidad, y todo el mundo estaba conforme con esa operación que se había realizado sin esfuerzos, sin producir males.

Hubo una sola voz que se levantó entonces en contra de la conversión, en la forma que lo hacía el Poder Ejecutivo: esa voz fué la mía.

Entonces, señor Presidente, yo creía, como creo hoy día, que esa forma de conversión aconsejada por el Poder Ejecutivo, es un error que tiene que caer fatalmente por falta de base sólida.

Voy á permitirme recordar, á propósito de este proyecto, mis opiniones vertidas en esa oportunidad.

Buenos Aires, junio 20 de 1893.

Señor Ministro de Hacienda de la provincia, doctor don Vicente Villamayor,

Señor Ministro:

Tengo el honor de poner en conocimiento de usted, á nombre del directorio que presido, que este banco se encuentra preparado para convertir sus billetes á la vista y al portador, de conformidad al arreglo celebrado entre el Gobierno de la provincia y el excelentísimo Gobierno Nacional, fecha 26 de agosto de 1892.

El banco cuenta ya con los recursos necesarios para realizar esta delicada operación, y puedo asegurar á usted que se han adoptado todas las medidas posibles para garantizar su éxito.

No obstante esto, debo cumplir el deber que el directorio me ha impuesto, manifestando á usted las graves consideraciones que esta medida sugiere, no para interrumpirla, sino con el propósito de fijar doctrinas que, comparadas con los resultados prácticos, puedan señalar rumbos fijos, tanto á este banco como á nuestro país, para resolver en el porvenir con acierto estos difíciles problemas financieros.

Larga y penosa tarea han tenido los gobiernos y este banco para obtener que cesen las oscilaciones del billete inconvertible, fijando su valor á la par del oro. Esta acertada operación ha producido grandes beneficios al país; y la subsistencia de ella es indispensable á nuestro bienestar económico y financiero. Para atenderla eficazmente hemos debido, ante todo, mantener el billete á la par del oro sin modificar los

privilegios de aquél, hasta que el tiempo, el desarrollo y la riqueza del país hubiesen confirmado la subsistencia de ese hecho.

Pueblos llenos de recursos y mucho más poderosos que nosotros, nos enseñan con su práctica las ventajas de este procedimiento: que manteniendo un curso forzoso nominal, evita los peligros de volver á un curso forzoso efectivo y lamentable por sus oscilaciones.

El gobierno y banco de Francia no creyeron prudente abrir la conversión obligatoria de los billetes, sin embargo de que éstos gozaban premio sobre el oro. Esto muestra cuánta precaución debe emplearse en esta clase de operaciones.

Y, si abandonando las ideas generales, nos concentramos á nuestro propio país, examinando su situación actual, las costumbres de nuestro pueblo y el estado de nuestras industrias y comercio, comprenderemos que necesitábamos emplear mayor prudencia todavía que la usada en el extranjero para volver á la conversión.

El curso forzoso produce la expansión del crédito por las facilidades que ofrece el banco emisor; y esta circunstancia, unida á la conquista de millares de leguas que poseían antes los bárbaros, á la consolidación de nuestra paz y orden interno y á muchas otras causas evidentes, han determinado un desarrollo extraordinario en nuestras industrias y comercio; lo cual se demuestra por la circulación de nuestros billetes, que llegó á su maximum en el mes de marzo del corriente año.

Pero así como el curso legal de los billetes facilita el uso del crédito, impulsando la producción, así la conversión obligatoria habrá de restringirlo cuanto sea necesario para sostener el encaje metálico.

La limitación del crédito coartará, sin duda, el progreso industrial que se iniciaba; dificultará su marcha en el futuro, si no produce una crisis que, debilitando su vigor actual, la condene á un lento y enfermizo crecimiento después.

El Banco de la Provincia no es un establecimiento de crédito idéntico á los otros. Creado por el Estado, ayudado por necesidades imperiosas del país, sostenido por leyes protectoras, se convirtió en el receptáculo de las economías de nuestra población, y creció tanto como nuestra riqueza pública y privada han crecido, llegando á ser hoy el tercer banco del mundo por su capital.

Apartándose de las reglas que rijan á los bancos, pero atendiendo fielmente la índole y las verdaderas necesidades del país, ha distribuido durante treinta años, con liberalidad sin ejemplo, los caudales que el país llevaba á sus arcas. Toda industria, todo comercio, toda necesidad social ha encontrado en este banco un comanditario paternal, que facilitaba dinero á bajo interés y largos plazos, reembolsable por cuotas mensuales, que se pagaban insensiblemente. Enriqueciendo á muchos y al país entero ha formado su propia riqueza. Desde el más encumbrado ciudadano hasta el más humilde trabajador, han encontrado en este banco el medio fácil de hacer su fortuna ó de llenar sus necesidades. El crédito y el honor de nuestra propia patria también han encontrado en el seguro apoyo. De todo esto ha nacido esa benevolencia con que el público lo distingue; que no nace de un sentimiento egoísta, sino que es una consecuencia legítima de los bienes que ha producido.

Así lo que para otros bancos ha sido difícil, para éste no era inconveniente. La circulación de sus billetes está adherida de tal modo á las costumbres de

nuestro país, que presentamos, como un hecho indiscutible, el fenómeno de un pueblo que, con excepción del alto comercio, prefiere el papel aún inconvertible al oro mismo, cuyo uso monetario lo repugna.

Ha llegado el momento de abandonar estas ventajas comprobadas como buenas por una larga experiencia? ¿Será más ventajoso dar á este banco especial, que tantos bienes ha producido y producirá todavía, la forma de un banco comercial ordinario, restringido en sus préstamos, inflexible en sus cobros, únicamente preocupado en la conversión de sus billetes?

Este Directorio piensa que no.

Como todo país nuevo, el nuestro carece de capitales. Sin las facilidades dadas por este banco, nuestra producción y riqueza no habrían podido desarrollarse en la escala que hoy las vemos. Los bancos puramente comerciales, no pueden habilitar á nuestro productor, que emplea el préstamo en industrias de lento desarrollo, aunque de seguro beneficio.

Nuestras principales producciones, que son la ganadería y la agricultura, no pueden ser bien atendidas con un sistema de préstamos puramente comerciales, de pago íntegro y á cortos vencimientos.

Y sin embargo, para hacer efectiva la obligación de convertir los billetes á la vista, ¿es necesario imponer esa nueva forma. No es posible mantener por largo tiempo un banco que gira contra su tesoro obligaciones á la vista, como serían los billetes convertibles y que preste sus tesoros con años de plazo. Esta situación artificial puede sostenerse por algún tiempo, pero es imposible mantenerla constantemente.

Pero si hasta para los bancos puramente comerciales como el de Francia, se encontró peligroso el tránsito brusco del curso forzoso á la conversión obligatoria ¿cuántos peligros atravesará el nuestro, cuyas condiciones, como se ha visto, son tan especiales?

Se dirá que este banco tiene hoy recursos superabundantes para hacer la conversión.

Es cierto: los recursos con que cuenta son más que suficientes para realizar esta operación, pero las dificultades no nacen de esto sino de mantener siempre esta medida sin perjudicar los más valiosos intereses del país.

Este banco descuenta anualmente alrededor de mil millones de pesos moneda corriente. Mayor será el pedido siguiendo el desarrollo de nuestra producción, y no sería posible atender esta demanda acordando los plazos actuales, ó lo que es lo mismo, privaríamos á la parte productora de nuestra población de las ventajas que hoy tiene, consiguiendo crédito barato y reembolsos cómodos. Y como el aumento de la producción y la riqueza del país es el medio más sólido y permanente para estirpar el curso forzoso, disminuidas aquellas por restricciones del capital, que es el instrumento principal de la producción, la conversión actual pudiera anunciarnos una inconversión futura, quizá peor que la sufrida durante siete años.

Los recursos actuales del banco y todos los que obtenga después, debieran servir para mantener el papel á la par del oro, convirtiendo este banco voluntariamente sus billetes, como lo hizo el Banco de Francia, hasta que la producción y riqueza del país determinen la conveniencia de una conversión definitiva. De este modo, al mismo tiempo que gozaríamos de las ventajas de una circulación fiduciaria equivalente al oro, daríamos mayor impulso á nuestras industrias, sin temor de producir nuevas crisis que perturben el bienestar actual.

Conservar el papel á la par del oro, mientras que aquél goce del privilegio legal, es fácil en las condi-

ciones actuales. La costumbre y la ley son barreras invencibles que sostienen al billete y lo aprecian. Basta esto para mantenerlo en equilibrio con el oro, si hay un poco de previsión en los que dirigen la circulación. Pero abierta la conversión forzosa, un pánico cualquiera, una mala cosecha, un movimiento político ardiente, producirán contracciones violentas en nuestro orden monetario, que perturbarían todos los ramos de nuestra producción, dando por resultado una crisis tanto más peligrosa cuanto mayor sea el estado de desarrollo industrial en que nos encontremos.

Bien sabe este directorio que estas reflexiones son ya estemporáneas en este momento, cuando se trata no de discutir, sino de dar cumplimiento á disposiciones superiores. Pero ha de permitir V. S. que se las presente como un testimonio del sincero deseo que tiene el directorio de justificar las medidas que tendrá forzosamente que adoptar para garantizar los intereses del banco, dando cumplimiento á los acuerdos referidos.

Aprovecho esta oportunidad para ofrecer á V. S. mi respetuosa consideración.

Firmado—

FRANCISCO URIBURU.

B. Gagan,
Secretario

Mi palabra cayó en el vacío; la conversión se hizo en la forma que la ordenó el Poder Ejecutivo. Veamos ahora los resultados.

Los bancos atendieron perfectamente sus obligaciones; al principio no se encontró tropiezo alguno, pero el talón de Aquiles, que se indicó al principio, empezó á mostrarse más claramente.

El año 84 la importación era de 94 millones y la exportación de 68 millones: necesitábamos pagar con oro efectivo una gran parte de nuestros consumos. Se principió á extraer oro del banco, la conversión de los billetes comenzó á hacerse por medio del cambio; después por los depósitos.

Pareciéndonos al doctor Pacheco, presidente del Banco Nacional, y á mí que la situación se hacía cada vez más grave y peligrosa, nos acercamos al señor Ministro de Hacienda de la Nación y le expusimos nuestra opinión sobre el particular. El señor ministro nos contestó, después de escucharnos largamente, de un modo rehacio y contundente: «Ustedes convertirán sus billetes por oro, mientras tengan un peso oro en sus cajas».

Salimos con la sentencia para cumplirla. No tardó mucho tiempo, señor Presidente, que este ministro tuvo que

firmar un curso forzoso, que, si lo hubiera decretado tres ó cuatro meses antes, habría salvado la mayor parte de las dificultades que el curso forzoso produjo; porque los bancos tuvieron que hacer desaparecer sus reservas, que empeñar su crédito en el extranjero; y cuando vino la firma que daba á los billetes curso forzoso, que ya existía de hecho, los bancos no estaban en condiciones de moderar sus efectos.

La consecuencia ya la conocemos.

Y bien, señor Presidente: yo que había protestado contra esa conversión, ahora, después de quince años de experiencia, estoy más convencido que nunca de que tenía razón.

¿Cómo aceptar la idea presentada por el Poder Ejecutivo de esta conversión, que se pretende realizar sin ninguna de las condiciones que tuvo la otra, que era una conversión hecha según todas las reglas financieras, de esta conversión que hoy se propone, sin base sólida, sin ninguno de los preparativos que son indispensables para hacer práctica la idea y dar seguridad al pueblo de que algún día el que dé un peso obtenga 44 centavos oro?

La conversión, tal como la propone el Poder Ejecutivo, me parece un gran error económico y también, lo diré de paso, un error político.

Que es un error financiero, es fácil demostrarlo.

¿Cuál es la base de la conversión? Un tesoro á crearse; pero analicemos, señor Presidente, y veamos si él responde, en verdad, á las esperanzas en que el Poder Ejecutivo se funda para hacer la conversión.

El primer recurso que debe formar este tesoro, son cinco millones de pesos oro que entregará la Tesorería Nacional por cuotas de cien mil pesos oro mensuales. Al ver esta partida, cualquiera le preguntaría al señor ministro: ¿estamos con un presupuesto con superavit? ¿El Tesoro Nacional cuenta con estas sumas disponibles? ¿Los acreedores del Estado han sido pagados? Y si la contestación fuera satisfactoria, tendríamos todavía que averiguar si sobran estos cien mil pesos oro para que ingresen á ese tesoro.

Sería muy difícil probar, en la situa-

ción actual, que podemos disponer de estos cien mil pesos oro al mes; y aún suponiendo el caso de que pudiéramos disponer de ellos, ¿qué representan esos cien mil pesos? Representan las economías que vamos proyectando sobre el hambre de los empleados, viudas y huérfanos; significan las economías que proyectamos al presupuesto, quitando á las provincias los pequeños recursos que tienen para satisfacer sus más premiosas necesidades.

Todo esto lo hemos de hacer, señor Presidente, ¿en obsequio de qué? Para formar un tesoro cuya ineficacia es notoria.

El segundo recurso es el 5 % del derecho adicional á la importación.

Señor Presidente: yo he sido el miembro informante de la Comisión, que en la sesión secreta sostuvo este impuesto de 10 %; pero, para atender las necesidades de la guerra, para salvar el honor de la Nación, para eso lo sostuve, creyendo, como creo hasta ahora, que ese impuesto es tan enorme, tan gravoso, tan perjudicial para el país, que no es posible mantenerlo en época normal. Yo no estoy, señor, ni estaré nunca, porque conservemos este impuesto adicional, que tanta perturbación ha traído ya á los consumidores y al mismo Estado, y sacrificando al consumidor sin ningún resultado que lo justifique.

Así, señor, me parece que por el segundo recurso sacrificamos al contribuyente sin devolverle nada en cambio.

El tercero, señor, referente á las utilidades del Banco de la Nación, no lo discuto.

El cuarto, es el producido de la liquidación del Banco Nacional. Y estos recursos deben hacerse imponiéndole al banco que remate, en el término de tres años, tres mil y tantas propiedades que tiene, repartidas en todas las provincias. ¡Pero, señor Presidente! ¿Para quién no es cierto que todas esas provincias están en la mayor miseria, que no es posible liquidar nada, que el valor de la propiedad es nominal? ¿Que será, pues, de ellas cuando el martillero tenga que rematar tres mil y tantas propiedades? Llevamos allí una crisis territorial inmediata, que seguramente aumentará los males que estas provincias sufren.

Me parece, señor Presidente, que este recurso, con el tiempo, puede hacerse efectivo; pero dentro de los límites que ha establecido el Poder Ejecutivo, me parece imposible.

Vamos al 5º:

El producido de la venta del Ferrocarril Andino y á La Toma.

Yo he contribuído también con mi voto á autorizar al Poder Ejecutivo para la venta de ese ferrocarril, no obstante que les quitábamos á las provincias la ventaja positiva que tienen para ellas los ferrocarriles del Estado, que pueden favorecer tantos intereses—lo que no puede hacer una empresa particular. Pero teníamos en vista que esa venta había de producir para esas mismas provincias otra cosa que pudiera compensarlas con ventaja. Como estos fondos se destinan á un tesoro que ha de ser inútil para aquellas provincias durante muchísimos años, yo no aceptaré semejante recurso.

Tenemos los seis millones novecientos y tantos mil pesos oro de cédulas nacionales. Encuentro, señor, este recurso un poco ilusorio. No quiero entrar en mayores explicaciones. Con estos fondos no hemos de poder formar un tesoro seguro.

El séptimo ordena que todos los demás recursos que el presupuesto anualmente determine... Hasta ahora nuestros presupuestos—desde el año 10 hasta la fecha—han tenido déficits, y los déficits, según los datos recogidos por el doctor Terry, distinguido profesor de finanzas, ascienden á trescientos y tantos millones de pesos oro.

¿Y qué destinaremos en este presupuesto para formar el tesoro?

Los déficits que nos dé, que es lo único que habrá disponible.

Si el señor ministro nos garante que desde hoy en adelante sus presupuestos tendrán superávit, entonces sería el caso de estudiar estos datos.

Pero es que este tesoro, en resumidas cuentas, no es sólido; la mayor parte de los fondos destinados á formarlo son, unos ilusorios, y otros tan perjudiciales al arrancarlos al pueblo, que no me parece que se deban aceptar.

Así, pues, pasemos del análisis á la historia de los tesoros de nuestro país, y

resulta lo siguiente: hemos decretado tesoros el año 18, el 21, el 29, el 31, el tesoro de Varela, después las reservas de los bancos nacionales, en seguida el empréstito de Morgán, por el que debía quemar quince millones y no quemó mas que seis, y que debía tenerse un fondo de reserva que nunca lo pudimos hacer.

Es forzoso, pues, convenir en que todos los ensayos de tesoros que ha hecho nuestro país, iniciados con la más buena voluntad y el más sano patriotismo, han encontrado por resultado seguro la anarquía. Cada una de esas disposiciones ha sido brecha abierta á la fe pública; nada más.

Consideremos ahora los tesoros bajo otro aspecto.

Un país pobre como el nuestro, porque recién nos estamos formando, ¿cómo es posible que lleve á este tesoro sesenta ó setenta millones de pesos oro? ¿Quién ha de creer verosímil semejante maravilla?

¡Este tesoro de cincuenta ó sesenta millones frente á un fantasma de setenta ú ochenta millones, de una deuda exigible, de una deuda flotante que todos los días está golpeando las puertas del Ministerio de Hacienda!

Hay otra consideración. Este tesoro debe ser formado con oro: ¿cuántas son las perturbaciones que vamos á introducir al mercado, arrancando de él sesenta ó setenta millones para que queden inmóviles en las cajas del banco?

Desde luego, si retiramos todo este oro de la circulación, el papel tiene que depreciarse, porque quiere decir que le arrancamos para formarlo, el único control que el papel tiene para mantenerse á regular valor.

Así, señor, no creo que este tesoro sea conveniente, aún suponiendo el caso de que se pudiera hacer. Pero hay otra consideración grave, otra consideración definitiva, que es nuestro modo de ser, nuestra vida llena de alternativas, de movimientos, de saltos, como todo pueblo nuevo y vigoroso como es el nuestro.

Y bien: ¿podrá mantenerse este tesoro, este santo-santorium, que mantiene toda la riqueza del país inmóvil, invariable, en medio de estas olas que á ca-

da rato cambian nuestras cosas? Yo no lo creo.

Podrá el señor ministro, podrá el Poder Ejecutivo, podrán los señores senadores demostrar esto, pero mi conciencia me dice tranquilamente y con verdad: esto no es cierto.

— Aplausos.

La naturaleza nos ha concedido el más grande, el más rico y poderoso de los tesoros que ha dado tal vez á las naciones del mundo: nos ha dado nuestra tierra y nuestro clima.

He ahí el tesoro. Manejemos bien esta tierra, aprovechemos bien de este clima que madura todos los frutos, que produce la abundancia y el bienestar en todas partes y entonces habremos dominado los peligros del papel, habremos disipado estos terrones del papel moneda, este fantasma que hoy nos presentan y que sin embargo, tanto nos ha servido durante ochenta años de nuestra vida, salvándonos de muchísimas dificultades.

Yo sé que casi todos los antiguos maestros de la ciencia dicen: el papel es una fatalidad, es una desgracia; pero yo, con los ojos que no miran lo de afuera sino lo suyo propio, yo digo: en el papel hay un misterio que es necesario que lo definamos, hay una verdad que es incuestionable: cuando en la Pampa se lleva una moneda de oro, no se puede comprar nada, y con una tira de este papel se obtiene todo lo que se necesita para vivir. Esto prueba que este papel no es tan ignominioso, que hay en él algo de verdad, que hay algo que es preciso que estudiemos antes de arrancarlo de nuestro cuerpo, porque tal vez arrancaríamos con él una gran fuerza.

Voy, señor Presidente, á terminar esta parte con unas palabras llenas de elocuencia y de verdad, de un anciano que ha muerto hace tiempo, que tuvo dos patrias y que ninguna de ellas le ha hecho todavía justicia bastante: el señor Andrés Lamas.

Escuchémosle: «La producción, la riqueza, sinónimos del bienestar, de la independencia, de la libertad de los pueblos, es el resultado de la combinación de tres grandes factores puestos armoniosa y simultáneamente en juego: el hombre, la tierra y el capital».

Esto es lo que yo creo. Y en vez de amontonar un tesoro estéril, yo digo: con la décima parte de ese tesoro, sin sacrificios, aliviando la suerte del contribuyente mejorando las condiciones del país, se puede hacer venir un millón de inmigrantes, á quienes se les entregue la tierra y el capital que ellos precisen para producir, y entonces las maravillas de la riqueza de este suelo, desvanecerán los peligros que hoy se entreven.

Esta es mi creencia; puedo estar en error; todavía necesitamos debatir esta cuestión, que quizás hoy por primera vez se debata con amplitud; pero yo pido al honorable Senado que no consienta en un momento, y sobre tablas, doctrinas que pueden llevarnos á una verdadera desgracia para nuestra tierra arrancando este papel que ha sido, es, y todavía puede ser, una gran fuerza para ella.

Señor Presidente: El espíritu está pronto, pero la carne es flaca. Yo me siento fatigado...

Sr. Presidente—Invito á la Cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Así se hace.

—Después de algunos momentos, vuelven á sus asientos los señores senadores y dice el

Sr. Presidente—Continúa con la palabra el señor senador por Salta.

Sr. Uriburu—Había dejado establecido que la conversión, tal como la propone el Poder Ejecutivo, era inconveniente é ineficaz, porque cuando se llevara á la práctica, una eventualidad cualquiera la entorpecería, y entonces me preguntaba: ¿cuál es el sistema que debemos adoptar para dominar estas oscilaciones violentas del papel, que tantos males producen á la circulación y al país mismo?

Yo no encuentro, señor Presidente, más que un medio, más que un sistema represivo y expansivo que modere ó restrinja, ya sea la apreciación violenta del papel ó su depreciación, evitando las danosas oscilaciones que tiene.

Este sistema es racional y práctico, y creo que, puesto en ejecución con vigor, ha de dar buenos resultados.

Para formar una idea de la bondad de este sistema, es necesario que conozcamos, aunque sea someramente, cuáles

son los efectos de los movimientos del papel moneda.

Ellos son dos, con relación al oro: es la baja y es el alza ó la apreciación y la depreciación.

Examinemos cada uno de estos extremos, veamos el resultado que producen en la práctica y cuáles son los medios de evitarlos.

Un profesor célebre, el señor Nasse, de la universidad de Bohn, tiene un párrafo interesante que puede darnos luz en ésta materia, tratándose de la depreciación del papel.

Dice Nasse:

«El progresivo envilecimiento de la moneda, determina un excesivo desarrollo del espíritu de especulación y de empresa, que da por resultado la final crisis de producción.

«Así se observa que si cuando ocurre la baja progresiva del valor de aquélla, media cierto período de tiempo entre la producción y la venta del producto, verificada la producción, cuando el precio de la cosa sea, por ejemplo, 10 y la venta en época en que este precio sea 12, el productor, además de lo que le corresponde por su trabajo, obtiene una ganancia por el sólo hecho del aumento general de los precios ocurridos durante la producción. De aquí el que se origine un impulso en los empleos del capital que concluya de exceder de la medida de la necesidad, con la razón de que, no por consideración á las necesidades, sino por el movimiento general de los precios, se realizará la extensión de la producción. Además, cada aumento de precios provoca especulaciones sobre el mismo aumento; especulaciones que á su vez, merced al crédito, suelen elevar aún más los precios y provocar á su vez mayor empleo de capital. Por eso se ha observado que los períodos de especulación desenfrenada ocurridos en los últimos tiempos, y las crisis que fueron su necesaria consecuencia, procedieron, en parte, de la baja del valor de la moneda.

«Todos dice J. B. Say, se ingeniaban para encontrar un empleo para el papel moneda, cuyo valor se evaporaba de hora en hora: no se le recibía más que para colocarlo de nuevo; parecía que quemaba á los que lo tocaban. En esos

tiempos, personas que nunca habían comerciado, emprendían negocios; se fundaban manufacturas; se hacían nuevas construcciones, se refaccionaban edificios, se compraban mueblajes, etc.»

Señor Presidente: nosotros por experiencia propia conocemos cuáles son los efectos de la inflación del papel, es decir, la depreciación de su valor. Todas las épocas de gran movimiento en este país, ya sea en el orden industrial, ya sea en la agricultura, ya sea en la ganadería, en todo aquello que constituye la producción cuando se ha depreciado mucho la expansión de los negocios ha sido maravillosa.

No dista mucho de nosotros una época en que el extravío había llegado á tal grado, que parecía que nos encontráramos en una Jauja.

Se me ha llamado papalista, y yo declaro que cuando examino los resultados fatales que la depreciación excesiva del papel produce, soy enemigo de ella, de lo que resulta que algunos me dicen:

¿Cómo es que usted se ha hecho papalista, cuando ha predicado siempre contra la depreciación del papel; cuando ha conspirado contra ella? Es que no penetraban en mi pensamiento: yo soy antipapalista cuando el papel se deprecia, produciendo todas estas locuras sociales, que fatalmente conducen á la crisis y á la *debacle*, como á la Francia con los asignados; entonces conspiro contra esa depreciación del papel, por todos los medios racionales que un hombre de gobierno tiene en sus manos.

Pero felizmente la naturaleza de las cosas ha establecido las bases fundamentales de combatir contra estos males; tenemos dos: la primera, es la necesidad de acrecentar la moneda, necesidad que se funda en el aumento natural de la producción, en el aumento del consumo, en el aumento de la riqueza; de tal manera, que un pueblo que tiene gran actividad en su vida comercial, industrial y productora, necesita un aumento de tanto por ciento al año sobre el valor de su medio circulante.

Ni aún el pueblo más bien organizado, ni más rico, se libra de esta ley, que tiene fatalmente que cumplirse.

Tenemos un pueblo que ocupa el primer lugar en la historia financiera del

mundo; tenemos á la Inglaterra, con su moneda inalterable, con sus industrias tan bien establecidas, con una situación siempre normal, y, sin embargo, la Inglaterra necesita un aumento en su moneda de tres ó cuatro por ciento al año.

Yendo á los Estados Unidos un país más vigoroso todavía que Inglaterra, con una expansión,—tal vez sea un atrevimiento decirlo, pero es preciso decirlo,—con un desarrollo de riqueza más poderoso que la Inglaterra,—en Estados Unidos, esta necesidad ha llegado hasta diez por ciento; y dejando los países extranjeros, porque me gusta más pensar en el nuestro, resulta esto: que el promedio de la necesidad de aumento de moneda actualmente que tiene nuestro país llega á ocho por ciento, habiendo ascendido en la Provincia de Buenos Aires, en sus buenos tiempos, cosa admirable, á diecisiete por ciento al año.

Pues, bien, esta necesidad que es real, actúa en contra de la depreciación del papel, como consecuencia del crecimiento natural de la riqueza: cada pueblo tiene, al cabo del año, una suma que ha economizado.

Esa suma se ha capitalizado; ese capital es la salvaguardia de la depreciación.

Pero muchas veces, en la historia de los pueblos, ocurre que estos factores son impotentes muchas veces para contener la depreciación.

Entonces, ¿qué se hace?

Una cosa natural que está en la mano de los gobiernos. Un gobierno previsor quema el papel; restringe las emisiones; busca los encajes de oro; combate el aumento de la depreciación, porque éste perturba completamente el orden regular de la situación económica de un país, y es una fatalidad que termina siempre en una ruína, contra la cual un gobierno prudente tiene muchos medios de precaverse.

Esto ha sucedido, señor Presidente, en nuestro país, cuando el miembro informante de la Comisión presidía la República.

Lo hemos visto tomar diversas medidas que necesariamente habían de combatir la depreciación enorme que alcanzó el papel en la época de su gobierno.

Cosa rara, cuando un gobierno atiende

esta necesidad bien imperiosa, todo el mundo dice: gobierno paternal! ¿Qué bien hace. Estas medidas son salvadoras! Sin embargo, señor Presidente, cuando ese mismo gobierno, atendiendo el otro extremo peligroso del papel, que es la apreciación excesiva, toma alguna medida los hombres que saben en nuestra tierra, dicen: el Gobierno no debe intervenir en la moneda; y esto se establece como una verdad inconcusa.

Pero, ¿qué expresa la moneda? El ejercicio de una función esencial de la soberanía de un país. La moneda lleva el sello de la soberanía de la Nación; es la medida de los valores el medio de cancelar todas las obligaciones. Si es el soberano quien la crea ¿ha de ser él el único que no pueda atender este resorte del cual depende la seguridad de la fortuna pública y privada?

Esa pretensión me parece sorprendente. Aquí donde un bolsista, un sindicato tiene la facultad y los medios de alterar la moneda, de llevarla á una depreciación enorme, de bajar su precio hasta donde guste sin control de ningún género; hace, deshace y dispone de la fortuna pública del país, y nadie dice nada: estamos acostumbrados á esas oscilaciones y manipulaciones. Cuando el gobierno necesita tomar una medida, ese gobierno es un déspota, un tirano y eso cuando no es un ladrón.

Bien, señor Presidente: ya vemos todos los malos efectos que produce la depreciación de la moneda.

Veamos ahora á investigar los males que trae la valorización del papel.

El miembro informante de la mayoría de la Comisión tenía mucha razón cuando decía: «son infinitamente peores los males de la valorización rápida». Es verdad, son mucho peores; pero el miembro informante no recordó una verdad que yo le diré ahora. Este fenómeno, que es el que más profundamente afecta al organismo de un país, es el menos estudiado. Mucho se han discutido y estudiado entre nosotros los inconvenientes de la depreciación, pero no ha sucedido lo mismo con el fenómeno inverso, que es el que más afecta los intereses del país, y para estudiarlo no basta ni el poder, ni la inteligencia de un solo hombre.

Este fenómeno tiene que ser estudiado como se estudia en Europa, nombrándose comisiones, tanto de hombres de ciencia, como de los prácticos de ramos principales de la producción: hombres de ciencia y de experiencia, que reunidos en Congreso, pidiendo el testimonio de todas las clases interesadas, buscando, investigando todo lo necesario, forman un expediente que es luz y acierto para el legislador.

¿Por qué nuestro Gobierno no ha tomado ese camino? ¿Por qué nos ha traído una cuestión tan grave como ésta para que la tratemos casi sobre tablas, tomándonos desprevenidos, pues, quince días de estudio no bastan para sacar del espíritu una cantidad de espejismos que surgen de asunto tan complejo y trascendental?

Es un grave mal, y yo desearía que el señor Ministro de Hacienda, tan ilustrado, cuando otra vez se presenten cuestiones de esta naturaleza, no las traiga en esta forma al consejo del Congreso. Esa forma es defectuosa, y un error cometido, un error de concepto, nos puede conducir á provocar males irreparables.

Si tuviéramos tiempo yo pediría al Congreso que suspendiera la consideración de este asunto, y que se tratara como debería tratarse; pero no hay tiempo. La presentación de estos proyectos ha producido un verdadero mal al país. La excitación en que vive no puede durar mucho tiempo; es necesario que resolvamos esta cuestión pronto y que le devolvamos la tranquilidad que necesita.

En estas condiciones, forzoso me es abordar la materia, sin más medios que mi estudio y mis observaciones directas, sin fijarme en la ciencia que está en las nubes.

Vamos á examinar; entonces los efectos que produce la apreciación rápida y excesiva de esa moneda.

A la moneda, á su valor, responden los precios, y de ahí nacen todos estos males que voy á enumerar rápidamente, porque de otra manera no podríamos terminar pronto este asunto.

La apreciación rápida y excesiva disminuye los alicientes para la inversión de capitales. Si la producción no da re-

muneración ninguna, ó da muy poca, el capital huye, y por consiguiente, el productor se desanima.

Restringe el crédito á los productores. Esto es natural; todos conocen que sus negocios no están en buenas condiciones, y entonces la restricción del crédito viene por sí sola.

Dificulta y hace morosa la circulación. Este es un fenómeno de *gran* importancia. Tenemos un hecho que podemos consultar ahora: nuestros bancos están llenos de depósitos, el cálculo más prudente es de doscientos millones.

¿De qué arranca este hecho? Arranca de que la circulación está enteramente paralizada, no tiene el vigor que tenía antes, no se mueve como antes; y no se mueve ¿por qué? Porque los capitalistas huyen del campo de la producción y depositan sus capitales previsoriamente en las cajas de los Bancos.

¿Cuán grandes son las perturbaciones que este movimiento produce á la sociedad! Sería curioso reseñarlo, pero no hay tiempo para ello en la breve exposición que estoy haciendo.

Pasaremos.

El colono que antes pagaba diez pesos con una fanega de trigo que valía diez pesos, esos diez pesos los tiene que pagar ahora con dos fanegas de trigo, ¿por qué? Porque en vez de diez pesos que valía antes la fanega de trigo, ahora vale solamente cinco.

He ahí cómo todos los contratos lo mismo que éste, son profundamente alterados por la valorización del papel.

Aumenta las cargas públicas.

Señor Presidente: hay un hecho que sería necesario examinar con muchísima detención.

El individuo que paga por su finca mil pesos de renta al año,—mil pesos moneda nacional—y como producto de la finca no saca la mitad, es lo mismo que si pagara dos mil pesos. De tal manera, que los impuestos gravan tanto más al productor y al habitante de un país cuanto mayor sea la valorización de la moneda; y esto sucederá inter los precios no se nivelen.

Abate las industrias de exportación.

¿Cómo las abate?

El productor que no saca remuneración de su trabajo, no produce tanto co-

mo aquel que saca producto. Paulatinamente va resistiéndose y al fin disminuye. Este es el efecto inmediato.

Los similares extranjeros dominan al productor. El productor que tiene que pagar más por sus salarios, por sus consumos propios, por todo lo demás, indudablemente tiene que producir más caro que el productor del país cuya moneda le da una producción más barata, porque los salarios son menores, los consumos son menores, y, naturalmente, la producción sale menos recargada.

Aumenta los servicios de las deudas á papel: empréstitos, etc.

El que tiene que pagar sus cupones de cédulas, los paga sin alteración ninguna á los precios convenidos

Ahora los resultados inmediatos: el colono no puede pagar sus arrendamientos; el comerciante de campaña no cobra; el mayorista no puede hacer efectivos los créditos á su favor; los bancos tienen que renovar las obligaciones ó protestarlas,—y en tal caso las quiebras vienen á producir las crisis; el propietario no puede servir bien sus deudas,—sus rentas disminuyen, el obrero carece de trabajo—ya nos ha dicho el señor miembro informant de la mayoría, que treinta mil operarios están sin ocupación.

Esta es una prueba evidente de lo que digo.

La pobreza cunde y podemos observar en toda la República un hecho que el señor ministro ha debido meditar bien.

¿Cómo se está operando este estado de pobreza en todas las provincias sin excepción ninguna?

Es la apreciación excesiva de la moneda que hace que la remuneración se pierda y el capital también, porque al fin y al cabo la situación es de pobreza.

Este hecho debe examinarse bien y estar perfectamente constatado por los informes que deben ser suministrados de las provincias, y de los territorios de la República.

Yo no tengo más que los datos que he podido conseguir por medio de mi correspondencia y por consiguiente deben ser deficientes.

Los consumos se limitan. Es natural, cuando hay pobreza se consume menos

Las rentas públicas disminuirán.

Este es otro de los fenómenos que todavía no podemos constatar, pero dentro de seis meses el señor ministro nos podrá dar datos al respecto si continúa este estado de cosas.

Todo pueblo que prospera hace aumentar las rentas así como cuando se empobrece las rentas decaen en relación directa.

Ahora, como resultado de todos estos hechos viene la crisis, la crisis que nace del desequilibrio completo de los precios de la moneda y de los consumos; y la crisis, señor Presidente, que resulta inmediata, tiene que destruir los valores, y cuando ha introducido la pobreza y el malestar en todas partes, produce el hecho seguro del retorno del papel á deprecarse y se deprecia tanto cuanto necesita ese país para volver á rehacer lo perdido.

Esto es justamente lo que se quiere evitar.

Puede ser, señor Presidente, que por fatigosa que sea esta enumeración, sea útil para el estudio futuro de nuestros asuntos.

Yo no he confiado en mi propia autoridad solamente, he consultado á los maestros más reconocidos en la materia, y así tenemos la palabra de Goschen, ministro actual de la Inglaterra que tiene un cuadro lleno de colorido y de verdad respecto de este asunto.

El ministro Goschen, al ocuparse de la valorización excesiva de la moneda, dice: «¡Felices los poseedores de moneda, pero desgraciados, al contrario, los que quedan en posesión de artículos de consumo y de productos que no han podido vender. Felices los que tienen que recibir».

«¿Pero quiénes son esos favorecidos?»

«Los rentistas del Estado, de las provincias, de los departamentos, de las ciudades».

Los poseedores de obligaciones de todas clases.

Los acreedores hipotecarios.

Los rentistas de toda naturaleza.

Todos estos tienen que recibir moneda á plazo fijo.

¿Cuáles son ahora, los desgraciados y las víctimas?

Son, dice M. Goschen, los poseedores de artículos para la venta.

Son, primero, los que recojen los frutos de la tierra: propietarios y arrendatarios, que ven bajar el precio de sus productos.

Después, poco á poco, todos los trabajadores se ven arrastrados por el movimiento de baja de los precios.

El mal se extiende al comercio, en seguida á la industria y después á los transportes, para afectar, en fin, al cuerpo social entero.

Tornemos otra vez al señor Nasse, que después de describir los inconvenientes de la depreciación, describe en los siguientes términos los de la apreciación.

«Al contrario, un aumento en el valor de la moneda produce el efecto de apartar á los capitales de las empresas útiles, por cuanto que los capitales empleados en la producción, por efecto de la rebaja de precios determinada por el aumento del valor de la moneda, van perdiendo del suyo, y los empresarios experimentan depreciación en sus fondos; y como quiera que, en las condiciones de la economía social del día, la mayor parte de los negocios se llevan á cabo con capitales tomados á préstamo, se comprende que este progresivo envilecimiento de los capitales haya de perjudicar á los empresarios y de rebajar el espíritu de empresa, lo que produce, como necesaria consecuencia, un período de depresión industrial».

Aquí vienen otros apuntes, pero tal vez voy á fatigar demasiado á la honorable Cámara y yo mismo me fatigo: son interesantes todos ellos. Pertenecen á J. B. Say, Laveleye, Carey Dana, Hoston y otros notabilísimos autores. Todos están completamente acordes en los efectos fatales que produce en el orden económico de un país, la violenta apreciación de la moneda.

Pero pasaremos á los resultados.

La depreciación produce una inflación en todos los valores, un exceso de actividad en la producción, y la valorización destruye estos valores, los comprime y hasta llega á anonadarlos.

Por consiguiente, en la apreciación se encuentra la ruína en escala mucho mayor que en la depreciación: la pri-

mera destruye los valores y la segunda puede producir industrias que no tengan solidez, pero al fin y al cabo han creado algo. Nosotros estamos en una situación especial: la misma inflación de nuestra moneda ha creado una cantidad de industrias y de negocios que representan grandes capitales, que son una base de grandeza para el futuro, y nosotros no podemos ver indiferentemente que todas estas fuentes poderosas de bienestar se pierdan ó desaparezcan ó se anonaden por la baja excesiva del oro ó por la apreciación excesiva del papel.

De aquí resulta que el único medio que hay para detener este exceso de apreciación, ó para detener el de depreciación, es el adoptado el año 67 en la Provincia de Buenos Aires.

Pero la fijación de este tipo debe traer necesariamente la apreciación que desea el Poder Ejecutivo hacer, y de ahí el punto de disidencia que tengo con la mayoría de la Comisión, y antes que con ella con el Poder Ejecutivo.

Yo creo, señor, que si nosotros establecemos simplemente el dique que necesitamos para evitar la apreciación excesiva y nos limitamos á ello, dejamos al Poder Ejecutivo en posición de prever, con el tiempo, las condiciones especiales en que el país ha de marchar, y de adoptar entonces las medidas que crea más convenientes.

Pero esto, quien sabe si puede ser bueno y conveniente de aquí á cinco ó diez años, y el señor ministro debe estar apercibido, lo mismo que yo, de que la conversión proyectada no puede operarse, me parece, ni en cinco años.

Así, pues, tenemos un medio práctico para evitar el mal y una grandísima ventaja, señor Presidente, para evitar el inconveniente que nos traería esta fijación definitiva del tipo para una conversión que, como he dicho, no la creo conveniente ni posible.

Me parece, señor Presidente, que antes de ahora hice notar que este proyecto era impolítico; en la situación en que nuestro país está, no conviene de ninguna manera que le digamos al pueblo: el peso que tú has creído que valía cien centavos, no valdrá más que cuarenta y cuatro; porque el pueblo no conoce

estos movimientos, ni las razones de él; el pueblo lo que conoce es la diferencia de cuarenta y cuatro á cien, y esto, en la situación actual es peligroso y traería quizás graves inconvenientes.

Así, pues, yo creo que lo más discreto sería establecer sencillamente lo que estableció la Legislatura de Buenos Aires el año 67: un tipo que salve por ahora la apreciación excesiva del papel, y limitar la acción del Gobierno.

Observaré que si fuera alguna vez necesario cambiar este tipo, los males que produciría sobre todos los contratos y sobre el país nunca serían iguales á los que actualmente origina la perturbación del papel moneda.

¿Por qué no hemos de poder fijar un término regular de diez, quince ó treinta años para esta negociación?

Si el país puede hacer la conversión á mayor tipo, ¿qué razón hay para decretarla ahora?

Yo sostengo que se debe establecer un tipo más alto, como el de doscientos cincuenta. Lo sostengo, porque creo que esta medida no tiene más que carácter transitorio.

Si yo tuviera que determinar que ese tipo ha de ser el definitivo, no lo aceptaría.

Porque ese tipo que hoy día lo creo eficaz y conveniente para el objeto que nos proponemos, tal vez dentro de un año ó dos, lo crea inconveniente y perjudicial para los intereses del país.

De aquí que la fijación del tipo satisfice todas las necesidades que el Gobierno tiene, y la acción de éste no debe pasar de ahí.

La divergencia que hay entre la Comisión en mayoría y yo, consiste en que pido que se ponga el tipo á doscientos cincuenta ó sea pesos dos y medio por uno oro, y el Gobierno y la Comisión en mayoría sostiene el tipo á doscientos veintisiete.

Decía muy bien la comisión inglesa de la India: la fijación del tipo aquí á dieciseis ó dieciocho, á la rupia India, era igualmente arbitrario. En nuestro caso, tan arbitraria es la fijación del tipo hecho por la Comisión á cuarenta y cuatro centavos, como el mío á cuarenta. Es igualmente arbitrario, ¿por

qué? Porque no tenemos un fundamento sólido y cierto para determinar este tipo. Entonces, si los dos tipos son arbitrarios, ¿cuál debemos preferir? Debemos preferir el que sea más eficaz para el objeto que nos proponemos, y en tal caso, yo encuentro que doscientos cincuenta lo es más que los doscientos veintisiete del proyecto del Poder Ejecutivo.

La razón es esta: yo disminuyo el poder adquisitivo del papel y el proyecto del Ejecutivo lo aumenta; yo hago que el papel sea más necesario, porque la circulación necesitará ciento cincuenta millones más; yo reduzco entonces el papel á ciento veinticinco millones. Hay unos treinta millones que tendrán fatalmente, más tarde ó más temprano, que ir á la Caja de Conversión á buscar el oro porque el papel se necesita; cuanto más disminuya el poder adquisitivo del papel, tanto más se aumenta su demanda.

Con el tipo á doscientos cincuenta, el industrial, el ganadero, el productor en general, recibirá una remuneración mayor por sus frutos, que cuando menos alcanzará á treinta millones, y aunque se haga el argumento de que el transporte se encarece, no puede ser más de una tercera parte y siempre les quedará veinte y tantos millones.

La remuneración es casi de un diez por ciento y ésta es su lucro.

Pero contra esto hay un argumento que tiene viso de verdad; es este: los consumidores se perjudican, y siendo éstos los más numerosos, no es justo perjudicarlos.

El argumento es especioso, y sostengo que los consumidores, con el tipo á doscientos cincuenta, no se perjudican. Y me fundo para ello en esto: la apreciación de la moneda se hace, pero los precios no se alteran en relación inmediata con esa valorización, los precios están sugetos á la oferta y á la demanda, siguen un procedimiento mucho más lento que el de la moneda en su apreciación.

De tal modo, que cuando un individuo ha arrendado una casa por mil pesos a mes y la moneda ha duplicado su valor y se encuentra que hay muchos individuos que solicitan vivir en esa casa, la

casa no baja de precio no obstante que la moneda ha aumentado su valor

Esta es una ley que está perfectamente bien tratada por la comisión real británica. On Goldand Silver, establece con toda claridad que la nivelación de los precios se hace lentamente, mientras que la valorización de la moneda ataca inmediatamente la producción del país, porque está en contacto con el extranjero, que en el acto hace efectiva la valorización disminuyendo los precios.

Aquí tenemos lo que dice sucintamente la comisión inglesa: «la fecha de una nivelación general de los precios alterados por la valorización de la moneda, es incierta, y será probablemente lejana y quizás postergada hasta una época indefinida».

Esta es, señor Presidente, la razón que explica las anomalías que estamos viendo en nuestro país.

Cuando el oro estaba á cuatrocientos, los tramways y los diarios nos costaban diez centavos; hoy, día que el oro está á doscientos, el pasaje de tramways y los diarios nos cuestan lo mismo. El alquiler de una casa de doscientos pesos mensuales, cuando estaba el oro á trescientos ó trescientos cincuenta, hoy se mantiene lo mismo: los alquileres no han bajado en proporción á la valorización del papel y los consumos dan el mismo resultado.

Si examinamos el precio de la carne, se ve que es el mismo que antes; y para que se haga efectiva la nivelación, es necesario que pase mucho tiempo, porque es preciso que la oferta y la demanda la produzcan.

Eso se produce lentamente. Nosotros que hemos visto desde el 95 al 96 apreciarse la moneda de cuatrocientos y tantos á doscientos y pico, sabemos que no se han alterado los precios de los artículos de consumo. Yo pregunto: ¿Cuál de nosotros gasta hoy, con el papel á doscientos y tantos, menos de lo que gastaba con el papel á trescientos y tantos? Ninguno. Es que los precios

no se han nivelado; es que esta nivelación se hace lentamente. Y esta medida de fijar un tipo, no sólo responde á los altos fines invocados por el señor miembro informante de la Comisión en mayoría, sino también á dar lugar á que la nivelación se haga y á salvar al país de esta dificultad que lo lleva á la ruína.

Este punto árido y pesado es digno de ser tratado con amplitud, porque la mayor parte de los que están atacando estos proyectos, toda esta gente que nos pide que no hagamos nada, estoy seguro que si conocieran el peligro que hay para ellos mismos en dejar sin medida restrictiva la valorización del papel, serían los primeros en pedirnos de rodillas que tomemos las disposiciones salvadoras que discutimos.

Los comerciantes, señor, que nos piden la inacción, inevitablemente serán víctimas si se deja seguir la baja del oro á ciento ochenta ó ciento cincuenta. La ruína general se produciría y el comerciante, que no es más que el intermediario entre los productores, seguiría su suerte. ¿Por qué? Porque estamos produciendo á doscientos y consumiendo á trescientos.

Ese es el secreto del mal que tenemos; es necesario detenerlo, pero no de un modo definitivo, absoluto, como pretende el Gobierno. No, debemos detenerlo en cuanto sea necesario, á fin de que la nivelación de los precios, se haga. Yo que soy industrial, declaro que cuando la valorización de la moneda se hace y se nivelan los precios paulatinamente, no es un mal, porque no trastorna su desarrollo.

Sr. Mantilla—Podemos pasar á cuarto intermedio.

Sr. Presidente—Invito á la Cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Así se hace,

—Eran las 5.15 p. m.

ANGEL MENCHACA
Director de taquigrafos.